

DISCURSO DE DESPEDIDA DE LOS RESTOS MORTALES DEL SR. GDE RICARDO IZURIETA CAFFARENA.

ESCUELA MILITAR DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO
O'HIGGINS

19.AGO.2014

Los pendones de los estandartes de combate de todos los regimientos y unidades del ejército a lo largo del país, están hoy de luto y las banderas de los cuarteles izadas a media asta, ante la partida de uno de sus comandantes más respetado y apreciado.

Con profundo pesar tengo el doloroso deber de despedir, de acuerdo con la tradición del ejército y los honores de reglamento, los restos mortales de quien fuera el quincuagésimo quinto Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército don Ricardo Izurieta Caffarena.

El General de Ejército Ricardo Izurieta Caffarena nació en Santiago el 11 de junio de 1943, rodeado del amor y en el seno de una familia militar. Su padre y tíos, muy cercanos, hicieron que el uniforme fuera tan cotidiano como las conversaciones que solían alargarse en tertulias, que hasta hoy son recordadas como muy propias de los Izurieta Molina.

De siete hermanos, tres escogieron al ejército para canalizar su vocación militar en las armas más tradicionales de la institución: caballería, su padre, Pelayo; artillería, su tío Fernando, e infantería, su tío Óscar. Todos alcanzaron el grado de general, llegando este último a ostentar el cargo de Comandante en Jefe del Ejército, entre los años 1958 y 1964.

En su generación, su único hermano, Pelayo, fue el primero en seguir la tradición, a la cual se sumaron paulatinamente sus primos, en una cantidad cercana a la docena, e incluyendo al menos dos mujeres en el naciente servicio femenino del ejército. Uno de ellos también llegaría a ocupar el máximo cargo institucional. Constituyendo un caso único en nuestra historia, en la que tres familiares directamente vinculados fueran Comandantes en Jefe del Ejército.

Su padre, el General Pelayo Izurieta Molina, sirvió durante cuarenta años en la institución y, a no dudar, fue su inspirador para ingresar a la escuela militar –con solo 14 años–, y para egresar como subteniente de caballería en 1962, con la primera antigüedad de su promoción. También heredó de él su apego al campo y su

capacidad para integrarse a la sociedad civil.

Su madre la señora Victoria Caffarena Morice, le traspasó su profunda fe religiosa y una notable sensibilidad social. La primera, le ayudaría a enfrentar duros momentos de su vida personal y familiar; la segunda, le acompañaría en su vida militar, y muy especialmente en el mando en jefe del ejército.

Sus padres –con extraordinarias cualidades deportivas–, concurren para inculcar en el joven subteniente Izurieta Caffarena su pasión por el atletismo y la equitación. En efecto, en el año 1962 una revista especializada calificó a la Sra. Victoria como una de las grandes deportistas chilenas de todos los tiempos. Toyita, como se le llamaba cariñosamente, fue la “Primera Gran Estrella Femenina de la Natación Chilena”.

Esta afición por el deporte de alto rendimiento también a compartía su padre, el General Pelayo Izurieta como eximio equitador representó a Chile en numerosos concursos internacionales entre los años 1934 y 1950.

El General Izurieta fue heredero de la pasión paterna por la equitación, que armonizó con su superior vocación militar, su dedicación y profesionalismo le permitieron por casi una década representar a nuestro país y al ejército en instancias internacionales relevantes. Solo como una muestra de ello me permito citar sus participaciones en los juegos panamericanos y latinoamericanos de Colombia, Uruguay, Venezuela, y Ecuador.

El General Ricardo Izurieta no abandonó nunca su afición a la equitación. Su caballo “Solitario” le acompañará en su marcha a su última morada.

Este vínculo con la equitación, resultó ser también determinante en la feliz circunstancia en la que conoció a Beatriz Linzmayer Fernández, el amor de su vida; la madre de sus cuatro hijos; la compañera inseparable desde el 15 de julio de 1975, fecha en la que contraen matrimonio en la que fue su guarnición más querida: la Escuela de Caballería de Quillota. En ella transcurrió un tercio de su carrera militar, en la que sirvió desde teniente, en 1965, hasta el grado de Teniente Coronel, en 1980.

Chichi, como todos la conocemos, compartió sus responsabilidades de joven mamá con las obligaciones de su marido y fue un apoyo fundamental en su gestión de mando, en especial la de Comandante en Jefe. La sensibilidad social de ambos lo llevó a emprender proyectos de incalculable valor para la familia militar. Como resultado están la Fundación de Señoras del Ejército; Residencias Universitarias; casas de acogida; soluciones habitacionales y la construcción del nuevo Hospital Militar de Santiago.

La familia Izurieta Linzmayer –Chichi, y sus hijos, Victoria, Ricardo Andrés y María José– acompañó a mi General como alumno de la Academia de Guerra, entre 1980 y 1983; luego, en Angol, como Comandante del Regimiento “Húsares” durante tres años.

Notable es su abnegación para realizar, simultáneamente con el mando de esta Unidad y su condición de Gobernador Provincial. Con su calidad de profesor de academia; título que obtiene en la asignatura de historia militar y estrategia en 1985, cuando es ascendido a Coronel.

Entre 1987 y 1988 se desempeñó como Agregado Militar a la Embajada de Chile en Israel. A su regreso, servirá los cargos de Subsecretario de Guerra y, posteriormente, de Director de la Academia de Guerra, el que deja en noviembre de 1990, cuando asciende a General de Brigada, asumiendo el mando de la I. División de Ejército. En Antofagasta nace su cuarto hijo, Óscar Pelayo, hoy cadete de la escuela militar.

Cumplido su mando en Antofagasta, se le confía al General Izurieta la responsabilidad de asumir el Comando de Institutos Militares. Aquí nace su inquietud por la modernización educacional del ejército que dirigirá más tarde como Comandante en Jefe.

Posteriormente, en el año 1994, se le designa jefe de la Misión Militar y Agregado Militar a la Embajada de Chile en los EE.UU. de América.

A su regreso, en los últimos meses del año 1996, es ascendido a General de División y pasa a desempeñarse como Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, cargo en el que permanece hasta fines del año 1997, cuando se produce su designación como Comandante en Jefe del Ejército, por parte de S.E. el Presidente de la República, siendo el primero que asumió este cargo bajo las disposiciones permanentes de la Constitución Política de 1980.

Recibió el mando del ejército en medio de una singular transición política, y en la que la relación político-militar estaba marcada por el protagonismo que le cupo a su

antecesor, el General Augusto Pinochet, en la historia contemporánea. Derivado de estas circunstancias, desde un primer momento debió hacer frente a una serie de hechos que afectaban al ejército y a su normal desarrollo, distrayéndolo de sus actividades profesionales.

Sólo su inteligente visión profesional, llevada a cabo con un renovado liderazgo y perseverancia, le permitieron enfrentar y avanzar en la solución de los problemas existentes, generando la confianza necesaria que la institución requería.

En efecto, la conducción segura, serena y prudente del señor General Izurieta, cautelando siempre la relación del ejército con la sociedad a la cual sirve y velando porque la cohesión interna nunca se viera afectada por la, contingencia, constituyó el sello de su exitosa gestión.

Menciono solo dos avances concretos que son el fruto de sus desvelos: el fortalecimiento de la doctrina del ejército y, a partir de ella, el inicio del proceso de modernización institucional.

En cuanto al primero de ellos, su juicio certero y la evaluación correcta y ponderada de los hechos permitieron a la institución centrarse en sus tareas profesionales y avanzar en temas que generaban diferencias al interior de la sociedad chilena.

Muy tempranamente manifiesta claridad para discernir el rol del ejército en el sistema institucional democrático. Sostuvo en su concepto de mando, que: “Al Ejército no le corresponde rol ni acción política alguna, y el cauce de los asuntos de ese nivel que se presenten se debe regir de acuerdo con los preceptos constitucionales”.

Esto, que en la actualidad nos resulta del todo evidente, debió ser construido y sostenido con acciones y definiciones concretas, al momento de enfrentar situaciones de alto impacto en la ciudadanía, como lo fueron el reconocimiento de situaciones de violación de los derechos humanos y la detención en el Reino Unido del Ex Comandante en Jefe y Senador en ejercicio.

La mantención de esta política institucional fue difícil, a veces dolorosa, y a veces incomprendida por algunos, que esperaban una postura política en uno u otro sentido; por eso es que hoy, al contemplar la madurez y estabilidad democráticas de Chile, no podemos dejar de apreciar el decisivo valor personal del Comandante en Jefe, para sostener esta visión de Estado, que rige con claridad hasta el día de hoy. En este sentido, quiero destacar como uno de los ejes de su acción de mando la contribución a la unidad nacional, junto a las demás ramas de las Fuerzas Armadas

y Carabineros de Chile.

Notable y valiosa resulta su voluntad para la participación del ejército en la mesa de dialogo, convocada por el Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle en el año 1999.

Lo señalado constituyó un paso trascendente hacia el reencuentro social, que trajo consigo un compromiso y un esfuerzo de grandes dimensiones para el ejército; participación institucional que la historia reconocerá, en su justa dimensión, asociada a la figura del General Ricardo Izurieta.

En cuanto al segundo de los logros, que se relaciona con la modernización institucional, se puede mencionar la reorganización del ejército y la nueva estructura de la fuerza, además de una serie de obras y proyectos, entre los que destacan: el equipamiento de las unidades de apoyo de combate; la reestructuración de las unidades logística; el desarrollo de un moderno sistema de salud; que incluía la construcción del nuevo Hospital Militar; la creación del Campo Militar General René Schneider; el nuevo sistema educativo de la Escuela Militar y de la Escuela de Suboficiales; el desarrollo del Proyecto Histórico del Ejército; y la nueva Base O'Higgins en la Antártica.

De estas iniciativas es destacable ahondar –por su trascendencia en el futuro institucional– en la modificación del sistema de ingreso a la Escuela Militar, para obtener una formación de profesionales militares, con una equivalencia académica universitaria, y a la obtención de grados académicos similares.

En este proceso modernizador, el General Izurieta puso especial cuidado en equilibrar los conceptos de continuidad y cambio, otorgando especial importancia a la vocación, tradición, junto al ejercicio práctico de los valores y principios de la profesión militar.

¡Soldados del Ejército de Chile que tengo el alto honor de comandar!:

La partida del señor Ex Comandante en Jefe del Ejército, General don Ricardo Izurieta Caffarena, nos conmueve profundamente pero, junto al dolor que aflige nuestros corazones, nuestro espíritu se fortalece al pasar revista a su legado, nos ha dejado un ejemplo de un militar de rasgos profesionales y humanos extraordinarios. Un hombre inteligente, culto, estudioso y preparado profesionalmente, que tuvo, como pocos –en momentos definitorios para la institucionalidad del país–, una visión clara del ejército y sus responsabilidades en el contexto político. Que supo conducir con acierto la institución a la modernidad y que generó una confianza en la sociedad y en el propio ejército, muy necesaria para su desarrollo futuro.

A lo anterior se suman sus relevantes condiciones humanas. Característico fue su trato cortés y deferente, especialmente con el personal menos antiguo; el valor de la palabra empeñada sostenida y exigida con tenacidad ante autoridades y el propio Alto Mando del Ejército, en toda circunstancia; su valor personal y carácter para ejecutar lo correcto, aún en las ocasiones más difíciles. Junto a ello su espiritualidad religiosa, manifestada en su devoción a la Virgen del Carmen, a quien le encomendara su acción de mando.

En síntesis, fue un hombre con Visión de Estado, siempre superior a las circunstancias, que la historia reconocerá en su justa dimensión.

Damos gracias a su generosidad y sencillez para conducirnos por la senda de los valores permanentes, que rigen al ejército, como institución fundamental del Estado.

Al despedir sus restos mortales, expreso las condolencias de todos los integrantes del ejército a su distinguida esposa, Sra. Beatriz Linzmayer de Izurieta, a sus hijos, Victoria, Ricardo, María José y Óscar, a su hermano Pelayo y a toda su familia.

Ruego a Dios y a nuestra Generala, “La Virgen del Carmen”, lo acoja con maternal cariño y le permita disfrutar de la paz eterna, que como hombre de bien, soldado recto y comandante a toda prueba, merece compartir con los soldados ilustres del Bicentenario Ejército de Chile.

Señoras y señores, soldados del Ejército de Chile:

Al terminar estas palabras de despedida, quisiera hacerlo con aquella máxima que fue la divisa orientadora en su acción de mando:

“Chile siempre primero y a su Ejército honor y gloria”

¡Señor General de Ejército Ricardo Izurieta Caffarena, descanse en paz!